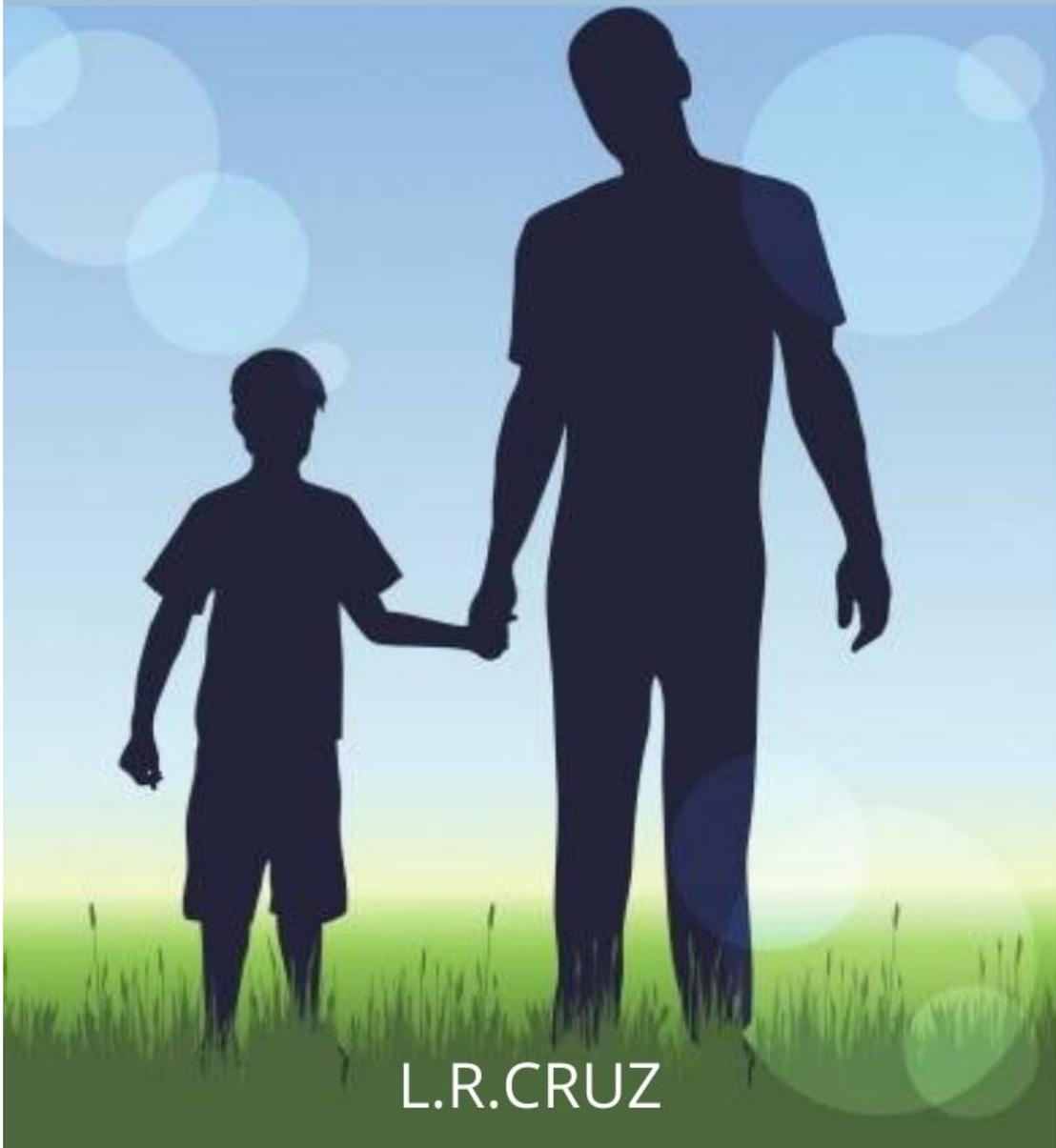


Mis Caras Tristes

Robin Cruz

MIS CARAS TRISTES



Capítulo 1

Sobre las paredes grises se escurre la tristeza como miel de un panal rebosante. El niño trae zapatos nuevos.

— ¡Esos zapatos!, los recuerdo —dice el hombre.

— Me los compró mi padre —responde el niño mientras acaricia las hebillas en forma de estrella de sus mocasines con la mirada—. Parecen zapatos...

— Zapatos de policía —completa la frase el hombre, con su voz tosca que empuja las cejas del niño hacia arriba.

— ¿Cómo lo supiste?

— Lo recuerdo aún. —Las palabras del hombre volaron sobre la melancolía y chocaron con las paredes, creando una frágil explosión que oscureció aún más el recinto.

— Dicen que mi tío cuando se emborracha sueña que lo persigue la policía.

El hombre sonrío ante el comentario. Hacía tanto que no sonreía que su rostro lo había olvidado. Sus mejillas se apretaron de manera que aquello pareció más un gesto de dolor.

— Tu tío se ha golpeado la cabeza muchas veces.

— ¿Lo conoces? —pregunta el niño fijándose en las manos del hombre que no cesaban de temblar.

— Lo conocí. Ya murió hace algunos años. El cáncer consumió sus entrañas. Murió solo en una cama de hospital. Lamento mucho no haber ido a verlo.

Los ojos del hombre dispararon su lluvia. El niño lo mira condescendiente, pero sin entender muy bien de qué habla. El hombre toca suavemente el cabello del niño con su mano amoratada, y en un intento por disipar los pensamientos del pequeño, arqueó las palabras.

— ¿Sabes que serás de mayor?

— Musico. —Responde alegre el niño—. Canto muy bien y ya estoy aprendiendo a tocar mi cuatro.

— Bien —dice el hombre—. Eso también lo recuerdo. Tú no lo sabes, pero eso te pesará en la cabeza el resto de tu vida.

— Es muy extraño todo lo que me dices.

— Lo sé, pero no tengo mucho tiempo. Solo quiero que sepas que tus malas decisiones podrían arruinar tu vida. Quizá podrías terminar viejo, con todas tus ilusiones enterradas en lo más profundo de tu alma. Como una vela encerrada. Tarde o temprano se apagará para siempre.

— ¿Eso fue lo que te sucedió?

— Eso es lo que te sucederá. —La voz del hombre retumba en los oídos del niño.

— A mí no me sucederá eso. —El rostro del niño se curte en visible enojo—. Tengo muchos talentos. Mi padre dice que yo voy a lograr ser lo que quiera ser.

— Créeme niño, si no decides bien tus pasos, tus talentos serán simple basura que cargarás en tus bolsillos.

El niño mira fijamente a los ojos del hombre. El marrón de sus pupilas se resalta por la piel grisácea, una cortina de tono plata con visos violáceos casi morados que ornamentan el rostro del viejo, lo que le hizo encontrar algo familiar bajo sus parpados. Era la mirada de su padre, la de su madre; la de cada mañana en el espejo.

— ¿Quién eres? —Las palabras del niño corren libres por el aire, frotando suavemente las mejillas del viejo.

— Tú.

Un incómodo silencio se lleva la tranquilidad del ambiente. El niño mira desesperado hacia todos los lados. Quiere irse, pero no hay una puerta. Está en aquel lúgubre cubo encerrado junto a este hombre.

— Tranquilo —dice el viejo—. Ya te iras.

El niño al borde del llanto rodea al hombre. Extrañamente no había notado que sus pies no tocaban el suelo.

— ¿Puedes volar?

— No. Ya nunca más. Pero tú necesitabas conocerme para lograr volar.

El niño continúa observando al viejo. Descubre el lazo que circunda su cuello y que lo suspende en el aire. En ese momento lo entiende todo.

Llora con una amargura tan intensa, que hasta las paredes sienten su dolor.

Finalmente se seca los ojos y lleno de valor le pregunta al viejo —: ¿Duele la muerte?

— No tanto como la vida.